

potentados á quienes es sospechosa y formidable. Alegaban en prueba de esto algunos ejemplos, presumiendo que en los príncipes no puede haber virtudes, sino las que ellos llaman políticas, y que el agradecimiento y memoria de los beneficios no les son comunes con los demas hombres. Y así juzgando que contradecia á esto la donacion, desvelándose en descubrir algun motivo mas íntimo, no concurrían por ningun caso en que pudiese haberse consolado el Rey de perder para siempre una parte casi la mejor de su monarquía. . . . Otros de ménos malicioso, y al parecer mas acertado discurso, hacian de mas larga y delgada vista la prudencia del Rey, pareciéndoles que pudo poner los ojos en que no dejando mas que un hijo varon, tras cuya vida recaia en la Infanta la monarquía, era bien darle el marido que en tal caso escogiera; y no casándola ahora con otro príncipe, dejar sujeta la grandeza de su casa á tan posible desastre. . . . Las provincias obedientes, como no les tocaba poner los ojos mas que en su particular beneficio, recibiendo por la mayor parte sumo contento de haber de tener *casigo* á sus señores, esperaban tambien por sus medias grandes medras en el bien público; y parecíales que, cesando en los rebeldes el odio contra el Rey, que mamaron con la leche del Príncipe de Orange, y acordándose de haber oide encarecer á sus padres ó abuelos la felicidad de aquellos tiempos en que les gobernaban príncipes de su nacion, vendrian al fin á caer en la cuenta, y apartarse de las demas pretensiones. . . .

No faltó tampoco quien introdujese el medio de estos extremos, como de ordinario sucede á los perplejos: linaje de consejeros inutilísimos, si ya mas propiamente no los llamamos perniciosísimos. Aconsejaban estos que se hiciesen todas las demostraciones necesarias para persuadir al frances que se iba con resolucion de pelear, que con esto era sin duda que no aguardaria: como si fuese posible saber las resoluciones ajenas, ni accion de prudencia librar en ellas el provecho propio: fuera de otro daño, muy ordi-

nario y anejo á este género de consejos, que no haciendo el enemigo lo que se imaginó que haria, como sucede las mas veces, es menester variar en la misma ocasion aceleradamente, y ya se ve cuán grave error es reservar para entónces lo que pide tan diferente espacio.

D. CÁRLOS COLOMA.

---

DISCURSO SOBRE LAS ARMAS Y LAS LETRAS.

QUÍTENSEME de delante los que dijeren que las letras hacen ventajas á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas de buenas fuerzas, ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento: ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército, ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratajemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento en quien no tiene parte alguna el cuerpo.

Siendo pues así que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cual de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero, trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas que tiene por objeto mas noble fin.

Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las

divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, (que á un fin tan sin fin como este ningun otro se le puede igualar), hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden : fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabanza : pero no de tanto como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida, y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo, y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro día, cuando cantaron en los aires : “ gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad : ” y la salutacion que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles que cuando entrasen en alguna casa dijese : “ paz sea en esta casa ” : y otras muchas veces les dijo : “ mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea con vosotros : ” bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella, ni en la tierra ni en el cielo, no puede haber bien alguno.

Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas que guerra. Presupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado y á los del profesor de las armas, y véase cuales son mayores.

Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos ; principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que puede ser : y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no habia que decir mas de su mala ventura, porque quien es pobre, no tiene cosa buena : esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto ; pero con todo eso no es tanta que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que

entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algun ajeno brasero, ó chimenea que si no calienta á lo ménos entibie su frio, y en fin la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algun banquete.

Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alzando á muchos, hemos visto que habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Scílas y Caríbdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrijerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en olandas y damascos ; premio justamente merecido de su virtud ; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.

Prosiguiendo D<sup>n</sup>. Quijote dijo : pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y verémos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atendido á la miseria de su paga, que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbear por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia : y á veces suele ser su desnudez tanta que un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como solo de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que espero que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama, que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamas pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los piés que quisiere, y revolverse en ella á su sabor sin temor de que se le encojan las sábanas. Lléguese, pues, á

todo esto, el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un día de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienas, ó lo dejará estropeado de brazo ó pierna : y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que ántes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo : pero estos milagros véanse raras veces.

Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello, ¿quién ménos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrá contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerse ; así que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder que es mas fácil el premiar á dos mil letrados que á treinta mil soldados, porque aquellos se premian con darles oficios que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras : materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega ; y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes, y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. Á esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porqué con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de los cosarios : y finalmente, si por

ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas ; y es razon averiguada, que aquello que mas cuesta, se estima y debe de estimar en mas.

Alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vijilias, hambre, desnudez, vágnido de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas ; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y de pobreza puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cerca en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos están minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir del peligro que de tan cerca le amenaza? Sólo lo que puede hacer es dar noticia á su capitán de lo que pasa para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, teniendo y esperando cuando improvisamente ha de subir á las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad.

Y si este parece pequeño peligro, veamos si se le iguala, ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos piés de tabla del espolon, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los piés, iría á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel con-

trario, y lo que mas es de admirar, que apénas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar, y si este tambien cae en el mar que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede sin dar tiempo al tiempo de sus muertes : valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por donde, en la mitad del coraje y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos.

CERVANTES—*Don Quijote.*

DEL MODO CON QUE FUÉ ENCANTADO DON QUIJOTE.

TOMÁRONLE luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el barbero, no el del albarda sino el otro, que decia : “¡Oh caballero de la Triste Figura! no te dé afincamiento la prision en que vas, porque así conviene para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso: la cual se acabará cuando el furibundo leon manchego con la blanca paloma tobosina yacieren en uno, ya despues de humilladas las altas cervices al blando nudo matrimoñesco ; de cuyo inaudito consorcio saldrán á la luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre: y esto será ántes que el seguidor de la fugitiva ninfa faga dos

vegadas la visita de las lucientes imágenes con su rápido y natural curso. Y tú, ¡oh el mas noble y obediente escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro y olfato en las narices, no te desmaye ni descontente ver llevar así delante de tus ojos mismos á la flor de la caballería andante ; que presto, si al plasmador del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha hecho tu buen señor! Y asegúrote de parte de la sabia Mentironiana que tu salario te será pagado, como lo verás por la obra ; y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas donde pareis entrámbos ; y porque no me es lícito decir otra cosa, á Dios quedad, que yo me vuelvo adonde yo me sé.” Y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento, que aún los sabedores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oian. Quedó Don Quijote consolado con la escuchada profecía porque luego coligió de todo en todo la significacion della, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpétua de la Mancha : y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz y dando un suspiro, dijo : ¡oh tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prision donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho ; que, como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso. Y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza mi escudero, yo confio de su bondad y buen proceder, que no me dejará ni en buena ni en mala suerte ; porque cuando no suceda por la suya ó por mi corta ventura el poderle yo dar la ínsula ú otra cosa

equivalente que le tengo prometida, por lo ménos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrámbas las manos, porque la una no pudiera por estar atadas entrámbas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones y la acomodaron en el carro de los bueyes.

Cuando Don Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro, dijo: muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes; pero jamas he leído, ni visto ni oído que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales, porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube, ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipógrifo ú otra bestia semejante; pero que me lleven á mí ahora sobre un carro de bueyes, vive Dios que me pone en confusión. Pero quizá la caballería y los encantos de estos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos: y tambien podria ser que, como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamientos y otros modos de llevar á los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo? No sé lo yo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leído como vuestra merced en las escrituras andantes; pero con todo eso osaría afirmar y jurar que estas visiones que por aquí andan que no son del todo católicas. ¿Católicas? ¡mi padre! respondió Don Quijote: ¿cómo han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir á hacer esto, y á ponerme en este estado? Y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás como no tienen cuerpo sino de aire, y como no consisten mas de en la apariencia. Por Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he toca-

do; y este diablo que aquí anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oído decir que tienen los demonios, porque segun se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores, pero este huele á ámbar á media legua. Decia esto Sancho por D. Fernando, que como tan señor, debia de oler á lo que Sancho decia.

No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió D. Quijote, porque te hago saber que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada porque son espíritus, y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas; y la razon es, que como ellos, donde quiere que están, traen el infierno consigo, y no pueden recibir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena; y si á tí te parece que ese demonio, que dices, huele á ambar, ó tú te engañas ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio.

Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado; y temiendo D.<sup>a</sup> Fernando y Cardenio que Sancho no viniera á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero, le ordenaron que en-sillase á Rocinante y enalbardase el jumento de Sancho, el cual lo hizo con mucha presteza.

CERVANTES.—D. Quijote.

---

#### CONSEJOS DE DON QUIJOTE Á SANCHO.

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida, quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sugeto que tenían para que se tuviesen por véras, y así habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habian

de guardar con Sancho en el gobierno de la ínsula prometida, otro día, que fue el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el Duque á Sancho, que se adeliñase y compusiese para ir á ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban esperando como al agua de Mayo. Sancho se le humilló y le dijo : despues que bajé del cielo, y despues que desde su alta cumbre miré la tierra, y la ví tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenia tan grande de ser gobernador ; porque qué grandeza es mandar en un grano de mostaza ? ó qué dignidad ó imperio el gobernar á media docena de hombres tamaños como avellanas, que á mi parecer no habia mas en toda la tierra ? Si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese mas de media legua, la tomaria de mejor gana que la mayor ínsula del mundo. Mirad, amigo Sancho, respondió el Duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor una uña, que á solo Dios están reservadas esas mercedes y gracias : lo que puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa, donde si vos os sabeis dar maña podeis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo. Ahora bien, respondió Sancho, venga esa ínsula, que yo pugnaré por ser tal gobernador, que á pesar de bellacos me vaya al cielo ; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni de levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar á qué sabe el ser gobernador. Si una vez lo probais, Sancho, dijo el Duque, comeros habeis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro, que cuando vuestro dueño llegue á ser emperador, que lo será sin duda, segun van encaminadas sus cosas, que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo. Señor, replicó Sancho Panza, yo imagino que es bueno mandar, aunque sea á un hato de ganado. Con vos me entierren, Sancho, que sabeis de todo, respondió el Duque ; yo espero que seréis tal go-

bernador como vuestro juicio promete, y quédese esto aquí, y advertid que mañana en el mismo día habeis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habeis de llevar, y de todas las cosas necesarias á vuestra partida. Vístanme, dijo Sancho, como quisieren, que de qualquiera manera que vaya vestido seré Sancho Panza. Así es verdad, dijo el Duque ; pero los trajes se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa, que no sería bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado, y parte de capitán ; porque en la ínsula que os doy, tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas. Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no sé el A. B. C. ; pero bástame tener el Christus en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieren hasta caer, y Dios adelante. Con tan buena memoria, dijo el Duque, no podrá Sancho errar en nada. En esto llegó D. Quijote, y sabiendo lo que pasaba, y la celeridad con que Sancho se habia de partir á su Gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano, y se fue con él á su estancia ; con intencion de aconsejarle cómo se habia de haber en su oficio. Entrados pues en su aposento, cerró tras sí la puerta, y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á él, y con reposada voz le dijo :

Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que ántes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á tí á recibir y á encontrar la buena ventura : yo que en mi buena suerte tenia librada la paga de tus servicios, te veo en los principios de aventajarme, y tú ántes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían y no alcanzan lo que pretenden ; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron : y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en

las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin mas ni mas te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo, ó Sancho, para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al Cielo que dispone suavemente las cosas, y despues las darás á la grandeza que en sí encierra la profesion de la caballería andante. Dispuesto pues el corazon á creer lo que te he dicho, está, ó hijo, atento á este tu Caton que quiere aconsejarte, y ser norte y guia que te encamine y saque á seguro puerto de este mar proceloso donde vas á engolfarte, que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, ó hijo, has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio, no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á tí mismo, que es el mas difícil conocimiento que puede imaginarse: del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey: que si esto haces, vendrá á ser feos piés de la rueda de tu locura la consideracion de haber guardado puercos en tu tierra. Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; pero despues algo hambrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto paréceme á mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes. Así es verdad, replicó D. Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia, los libre de la murmuracion maliciosa de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correrte: y préciate mas de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio.

Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos, han subido á la suma dignidad pontificia é imperatoria; y de esta verdad te pudiera traer tantos ejemplos, que te cansaran.

Mira, Sancho, si tomas por medio á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia á los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola, lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere á verte cuando estés en tu ínsula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes, ántes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada.

Si trujeres á tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias) ensénala, doctrínala y debástala de su natural rudeza; porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto, suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares, (cosa que puede suceder) y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo, que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte, las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encajé, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en tí mas compasion las lágrimas del pobre, pero no mas justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no car-

gues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algun pleito de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y pónlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hicieres, las mas veces serán sin remedio; y si le tuvieren, será á costa de tu crédito y aún de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa viniere á pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas, y tus oídos de sus gemidos, y considera despacio la substancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu corazón en su llanto, y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción, considérale hombre miserable, sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muéstratele piadoso y elementalmente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, mas resplandece y campea á nuestro ver el de la misericordia, que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

CERVANTES—Dn. Quijote.

## MEDITACIONES.

## I.

PIENSA en los pecados que has hecho y haces cada día después que abriste los ojos al conocimiento de Dios, y hallarás que todavía vive en tí Adam con muchas de las raíces y costumbres antiguas. Mira cuán descarado eres para con Dios, cuán ingrato á sus beneficios, cuán rebelde á sus inspiraciones, cuán perezoso para las cosas de su servicio... Considera cuán duro eres para con el prójimo, y cuán piadoso para contigo mismo: cuán amigo de tu propia voluntad y de tu carne, y de tu honra, y de todos tus intereses. Mira como todavía eres soberbio, ambicioso, airado, súbito, vanaglorioso, envidioso, malicioso, regalado, mudable, liviano, sensual, amigo de tus recreaciones y conversaciones, risas y parlerías. Mira otrosí, cuán inconstante eres en los buenos propósitos, cuán inconsiderado en tus palabras, cuán desproveído en tus obras, y cuán cobarde y pusilánime para cualesquier grave negocio. Considerada ya por esta orden la muchedumbre de tus pecados, considera luego la gravedad de ellos, para que veas como por todas partes es crecida tu miseria. Para lo cual debes primeramente considerar contra quien pecaste; y hallarás que pecaste contra Dios, cuya bondad y majestad es infinita, y cuyos beneficios y misericordias para con el hombre sobrepujan las arenas del mar...; Así se paga aquella sangre preciosa que se derramó en la cruz?... ¡O miserable de tí por lo que perdiste, y mucho más por lo que hiciste; y muy mucho más, si con todo esto no sientes tu perdición!

Después desto es cosa de grandísimo provecho detener un poco los ojos de la consideración en pensar tu nada, esto es: cómo de tu parte no tienes otra cosa mas que nada y pecado, y cómo todo lo demás es de Dios. Porque claro está, que los bienes de la naturaleza como los de la gracia, que son los mayores, son todos suyos: porque suya es la gracia de la